



El mensaje pintado en 2009 por el reconocido artista callejero Banksy en un canal del norte de Londres constituye una llamada de atención a los negacionistas climáticos

TEORÍAS ‘CONSPIRANOICAS’, TIPOS DE NEGACIONISMO, DESINFORMACIÓN, TÁCTICAS OBSTRUCCIONISTAS Y POSVERDADES

Cómo sobrellevar el auge de los negacionismos en un mundo en crisis

Astrid Wagner
Científica Titular y vicedirectora del Instituto de Filosofía del CSIC

Teresa Moreno Olmeda
Doctoranda en el IFS-CSIC

El término «negacionismo» adquiere cada vez más importancia en el discurso público en España, especialmente desde la pandemia. En su uso cotidiano e informal, la palabra abarca toda una serie de fenómenos distintos, pero relacionados. Se vincula e incluso se confunde con posturas como el “conspiracionismo”, el escepticismo, el obstruccionismo, la “anticiencia” o la pseudociencia. Además, se aplica en diferentes contextos y ámbitos temáticos.

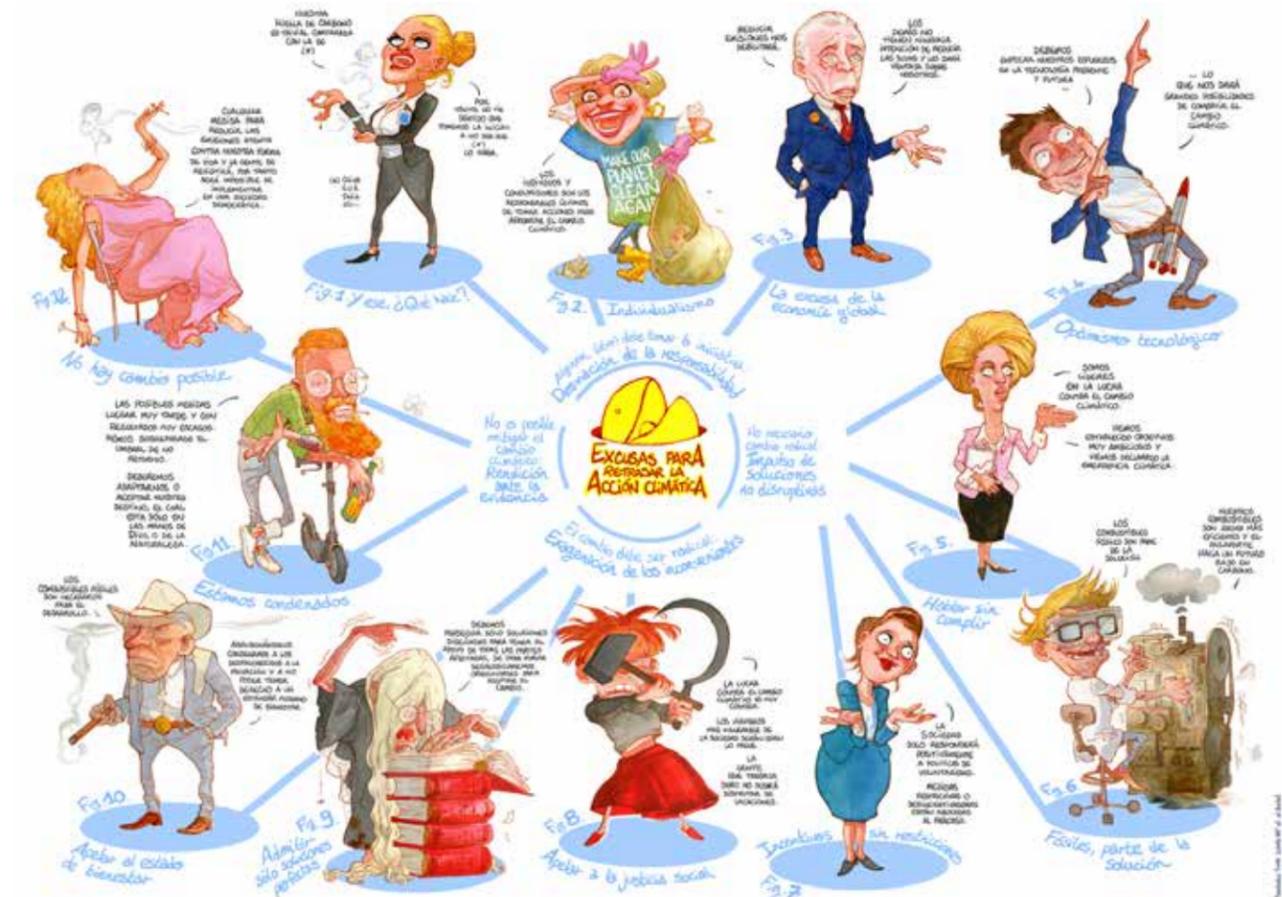
En términos generales, “negacionismo” se refiere a la negación sistemática o el rechazo obstinado de hechos o eventos históricos, científicos o sociales ampliamente aceptados y empíricamente verificados. En la psicología, este comportamiento se explica como mecanismo para evitar una realidad psicológicamente incómoda. El fenómeno puede surgir por diversas razones, como motivaciones políticas, ideológicas, religiosas o emocionales, y también se produce como estrategia puramente económica para justificar malas prácticas o proteger una reputación empresarial o política. Estas diferentes motivaciones se reflejan también en las formas más comunes de negacionismo:

Negacionismo histórico

Es una forma de distorsión de la historia que implica la negación, minimización o reinterpretación de eventos históricos ampliamente aceptados y respaldados por pruebas y evidencias sustanciales. Por lo general, estas distorsiones

En su peor forma, el negacionismo histórico implica también la manipulación de la información histórica para avanzar agendas particulares

son llevadas a cabo con motivaciones políticas, ideológicas o culturales, y a menudo buscan reinterpretar el pasado de manera que beneficie a ciertos grupos o intereses. Uno de los ejemplos más notorios es el negacionismo del Holocausto, que niega o minimiza el genocidio perpetrado por el régimen nazi durante la Segunda Guerra Mundial, en el que millones de judíos y otras personas fueron sistemáticamente asesinadas. Hay otros casos de negacionismo de genocidios y democidios, como la negación del genocidio armenio o de la masacre de Srebrenica. Pero también pueden encontrarse formas de negacionismo histórico en relación con otros fenómenos, máxime cuando se trata de asumir la responsabilidad histórica por injusticias cometidas. Es el caso, por ejemplo, de las personas que niegan la gravedad y el impacto de la esclavitud histórica, ignorando la brutalidad del sistema esclavista, o que minimizan los impactos negativos del colonialismo, justificando los abusos perpetrados durante la era colonial. En su peor forma, el negacionismo histórico implica también la manipulación de la información histórica para avanzar agendas particulares. De ahí la importancia de la comunidad académica para contrarrestar distorsiones y proporcionar evidencia documentada y rigurosa.



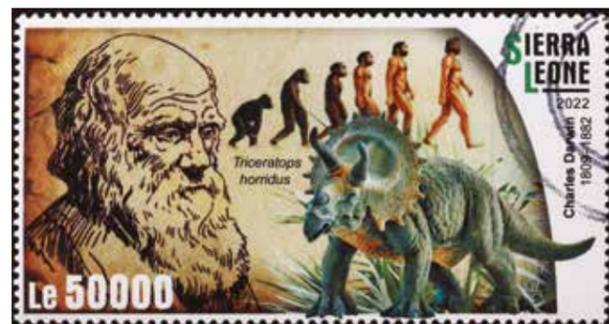
Autor © Léonard Chemineau
Discursos sobre el retraso climático — Léonard Chemineau (leoline.com)

Negacionismo científico

Consiste en el rechazo sistemático de hechos científicos establecidos, teorías respaldadas por evidencia y consensos científicos. Para no confundir esta actitud con mecanismos de corrección internas a la ciencia, hay que destacar que este rechazo se produce sin tener una buena base argumental o de evidencias, sino más bien aplicando una serie de tácticas para afianzar la posición sostenida. Estas tácticas incluyen el apoyo en artículos aislados y la descontextualización o selección arbitraria de datos. El negacionismo científico es un fenómeno que surge particularmente en áreas donde los resultados científicos pueden tener implicaciones políticas, sociales o económicas, y se manifiesta a través de la desconfianza en la comunidad científica y la promoción de teorías alternativas sin respaldo empírico suficiente. Así, no es de extrañar que los negacionismos científicos que se han hecho más visibles en los últimos años se refieren a la crisis ambiental, particularmente al calentamiento global, o a la reciente pandemia de la Covid-19, concretamente a la existencia del virus SARS-CoV-2. Pero igual se han observado movimientos negacionistas con respecto a otros virus, como el que niega la relación entre el virus de la inmunodeficiencia humana (VIH) y el consecuente síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA). En general, en el ámbito de la medicina se da fácilmente un alto grado de incertidumbre, que puede reflejarse en posturas negacionistas, no sólo por falta de conocimientos especializados en la sociedad, sino también por el poder económico de las grandes empresas farmacéuticas. Además, en el ámbito del negacionismo científico existe una transición fluida hacia posiciones que cabría calificar más bien de anticientíficas, como el terraplanismo o el repudio de la teoría de la evolución por parte de los creacionistas.

Negacionismo tecnológico

El término no es tan comúnmente utilizado como los otros conceptos de negacionismo. Sin embargo, nos parece importante destacar la diferencia con el negacionismo científico. Es una forma de negacionismo que surge de una profunda desconfianza frente a la tecnología y sus avances, y de miedos ante desarrollos tecnológicos poco transparentes para la sociedad, sobre todo en relación con la digitalización de nuestro mundo de la vida (Marín Penella/Wagner 2022). Se basa, en parte, en una sospecha legítima sobre la priorización de la lógica mercantil en el desarrollo



El repudio de la teoría de la evolución por parte de los creacionistas es negacionismo histórico

tecnológico, pero a menudo conduce a una generalización y sobreestimación de casos aislados de mala conducta, lo que puede resultar perjudicial, por ejemplo, para la salud pública. Es el caso de una de las formas más frecuentes de negacionismo tecnológico, el propagado por los movimientos antivacuna. Lo que se niega en estos casos es la validez de la tecnología de la vacuna, es decir, su idoneidad para mejorar la supervivencia, evitando el desarrollo sintomático de la enfermedad en los contagiados, o para frenar la propagación del virus. En algunos países, como por ejemplo en Alemania, los movimientos antivacuna tienen una larga tradición y sus posturas se mezclaron ya en los años 80 del siglo pasado con las ideas de la medicina natural que fueron adoptadas por muchos ecologistas de esta época.

Negacionismo político

Esta última forma de negacionismo implica la negación de hechos políticos o sociales, a menudo con el objetivo de distorsionar la realidad con fines políticos. Esto puede incluir la negación de crímenes de guerra o violaciones de derechos humanos. Una forma de negacionismo político extendida hoy en día es la negación de la violencia de género por partidos de la ultraderecha. Dada el amplio trabajo de análisis y visibilización de la violencia de género en las distintas sociedades por parte de la comunidad académica durante los últimos años, la actual ministra de ciencia, innovación y universidades en España ha calificado estas posturas incluso como formas de negacionismo de la ciencia. Los negacionismos políticos suelen tener una fuerte motivación ideológica, y a menudo se mezclan con teorías de conspiración y posiciones políticas misóginas, homófobas o xenófobas.

Todas estas distintas posturas negacionistas a menudo pretenden representar una actitud crítica necesaria tanto para la deliberación democrática como para los avances científicos. Por eso resulta crucial distinguir el rechazo dogmático de hallazgos científicos por parte de negacionistas de un sano escepticismo que es característico de la práctica científica y de la constante revisión de datos, hipótesis, teorías y resultados, inherente al proceso de investigación. Tampoco debe confundirse con las variantes clásicas del escepticismo en la tradición filosófica; por muchas razones, pero principalmente porque estas siempre implican autocrítica y se centran en el escrutinio interno de las propias creencias. Por ello, algunos autores sostienen que quienes defienden posturas negacionistas lo hacen desde un «pseudoescepticismo» que no intenta realmente ser crítico con las propias creencias.

Las tácticas negacionistas

Algunas de las tácticas más comúnmente utilizadas para defender argumentos negacionistas son, según Diethelm y McKee (2009):

- El recurso a teorías de la conspiración, del que luego hablaremos con más detalle
- La confianza en falsos expertos y la denigración de los investigadores que se alinean con el consenso científico

El negacionismo tecnológico surge de una profunda desconfianza frente a la tecnología y sus avances

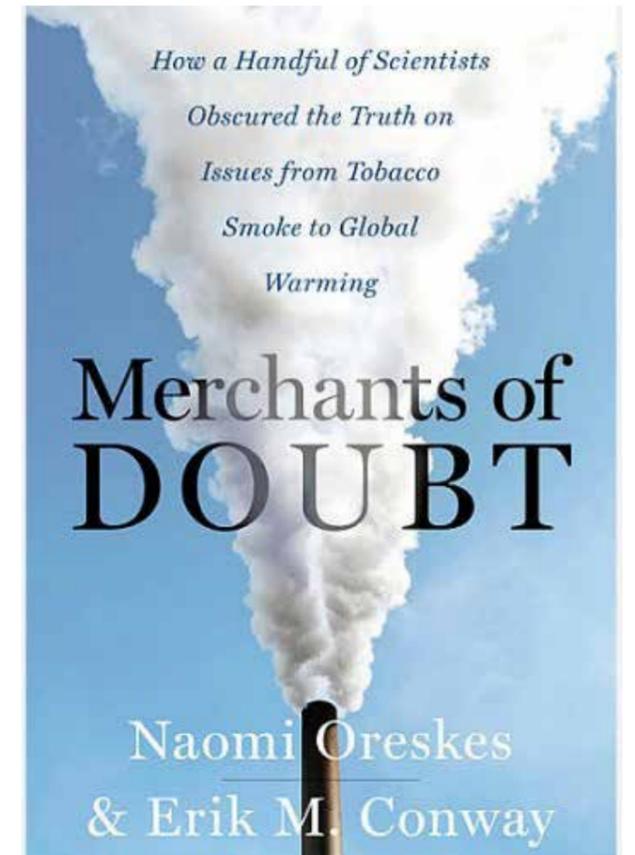
- El *cherry picking*, o la selección arbitraria y a conveniencia de datos y estudios
- La formación de expectativas imposibles de cumplir sobre lo que la ciencia puede realmente lograr
- El uso de falacias lógicas

Resulta imprescindible mencionar que el término “negacionismo”, aunque se use en muchas ocasiones de manera informal para abarcar fenómenos diferentes, no debe definirse de manera tan amplia como para incluir cualquier crítica a la ciencia o a los resultados científicos. Esto haría imposible que las teorías científicas evolucionaran, puesto que convertiría en negacionista a cualquier investigador o investigadora que cuestionase una hipótesis sobre la que hasta ese momento había habido consenso, incluso a la luz de nueva evidencia y con una buena base de argumentos. En este sentido, podemos hablar más en general de:

1. **Actitudes anticientíficas**, que no se limitan a cuestionar elementos concretos, sino que rechazan más en general el funcionamiento del sistema científico y ponen en duda la integridad de los científicos. Algunos ejemplos de actitudes anticientíficas son las que llevan incluso a negar teorías fundamentales como la de que la Tierra es esférica (el terraplanismo) o la evolución de las especies (Diéguez 2022).

Por otro lado, encontramos dos conceptos relacionados, pero distintos, que son la pseudociencia y la pseudotécnica (cf. Marín Penella/Wagner 2023):

2. La **pseudociencia** se refiere a un campo cognitivo que pretende ser científico, pero no cumple algunas características fundamentales de la práctica científica. Eso les lleva inevitablemente a chocar con teorías científicas aceptadas. En su ‘Lógica de la investigación científica’, Karl Popper señaló que las afirmaciones pseudocientíficas no son falsables y, por tanto, las teorías subyacentes apenas evolucionan a través de la investigación. Aunque, como afirma Antonio Diéguez, este no es el caso de todas las pseudociencias y, de hecho, muchas afirmaciones pseudocientíficas han sido falsadas; el hecho de que cuenten con confirmaciones en el sentido de que sus predicciones se cumplan alguna vez no las convierte en científicas. Mario Bunge añadió otros criterios de demarcación: las pseudociencias a menudo postulan entidades cuya existencia no se puede demostrar, defienden concepciones espiritualistas, no tienen lógica ni procedimientos de control objetivos, no desarrollan nuevos problemas e hipótesis y no tienen continuidad con otras disciplinas. Algunos ejemplos serían la astrología o la parapsicología.
3. La **pseudotécnica** engloba la producción de artefactos que no cumplen las características de la “técnica” (según la definición de Ortega y Gasset y su ampliación por parte de Miguel Ángel Quintanilla). De esta



En ‘Mercaderes de la duda’ de Oreskes y Conway, se exponen casos de grupos que buscan bloquear las políticas climáticas porque irían en contra de sus intereses económicos más inmediatos

forma, los objetos pseudotécnicos se caracterizan por su ineficacia, por no satisfacer necesidades humanas de supervivencia o bienestar. Se trata de estafas diseñadas a menudo por puro ánimo de lucro (como los pseudofármacos) o para solucionar problemas inexistentes de los que alertan mensajes pseudocientíficos o conspiranoicos. Esto último sería el caso de los famosos gorros de aluminio o, por aludir a artefactos más sofisticados, los escudos cuánticos que, según las indicaciones de sus diseñadores, protegen de la ionización por fusión de la radiación electromagnética. Otros ejemplos de pseudotécnica los hemos visto, durante la pandemia de Covid-19, en los falsos medicamentos que ponían en peligro vidas humanas.

Además, es obvio que todas las formas de negacionismo que hemos mencionado pueden tener consecuencias significativas, ya que socavan una comprensión compartida de la realidad, fomentan las teorías de la conspiración y obstaculizan los esfuerzos para abordar problemas urgentes relacionados con los derechos humanos, la salud pública o la crisis ecológica. En relación con esto último, si hablamos de la emergencia climática podemos encontrar un tipo de actitudes relacionadas con el negacionismo científico, pero que van mucho más allá:

4. **Obstruccionismo o retardismo de la acción climática**: en ocasiones, estos posicionamientos siguen cuestionando el consenso científico sobre el origen antropogénico del cambio climático, es decir, sobre el hecho de que las actividades humanas están pro-

vocando un cambio climático sin precedentes y que este tendrá devastadoras consecuencias para la vida en la Tierra si no se frena. Sin embargo, en muchas otras, incluso sin cuestionar las evidencias, se niega la necesidad de transformar radicalmente nuestros modos de vivir y nuestros sistemas para frenar el aumento de la temperatura terrestre. Estas visiones de la acción climática buscan mantener en lo posible el sistema basado en los combustibles fósiles sin tener en cuenta las consecuencias para las generaciones jóvenes y futuras. Para ello, se basan en estrategias como redirigir la responsabilidad (“nuestra huella de carbono es trivial comparada con la de...”); confiar en soluciones no transformadoras, como tecnologías que están muy lejos de estar desarrolladas; hacer hincapié en las consecuencias negativas de actuar contra el cambio climático (ignorando los potenciales efectos devastadores de no hacerlo); o rendirse afirmando que es demasiado tarde y que lo único que nos queda es adaptarnos. En muchos casos, se apoyan sobre desinformación y despliegan lógicas propias de las teorías de la conspiración (Moreno Olmeda 2023).

5. **Teorías de la conspiración:** estas teorías suelen ser narrativas que a menudo tienen raíces antiguas y se solapan, complementan y adaptan a nuevos contextos sin necesidad de una estricta coherencia interna. Incluso pueden contradecirse entre sí, ya que lo importante es la coherencia con unas creencias globales (que nada ocurre por casualidad, que nada es lo que parece y que todo está conectado). El elemento central

de estas teorías es la suposición de un complot a gran escala llevado a cabo por élites malvadas, por lo que se convierte en el principal objetivo de los partidarios de esta teoría luchar contra la «versión oficial» de la explicación de los hechos y desenmascarar la conspiración. Aunque a muchas personas les parezcan absurdas, estas teorías consiguen reducir los problemas a un único y sencillo esquema explicativo, que consiste en identificar como responsables a fuerzas ocultas y malévolas. Ante la incertidumbre, para sus seguidores estas teorías vuelven el mundo inteligible al ofrecer una explicación sencilla de fenómenos complejos y contraponer lo que se propone como auténtica verdad a una realidad inculcada. Así, depositan su confianza en figuras de autoridad mesiánicas cuyas ideas se perciben como subversivas y contrarias a la visión del mundo imperante.

Las teorías de conspiración pueden ser un elemento clave en posiciones negacionistas y obstruccionistas. Sin embargo, es importante distinguir entre negacionismo y conspiracionismo. El negacionismo puede recurrir a creencias conspiracionistas, pero hay formas de negacionismo que se basan simplemente en intereses económicos o políticos o en ideologías sin incluir conspiranoia. Si volvemos al ejemplo del cambio climático, por ejemplo, podemos observar que hay personas o grupos que buscan bloquear las políticas climáticas no porque crean que hay una conspiración global para alarmar a la población y así poder controlarla mejor, sino porque dichas políticas irían en contra de sus intereses económicos más inmediatos. En su libro ‘Mer-



La peor masacre en suelo europeo desde la Segunda Guerra Mundial y un caso de limpieza étnica que escandalizó al mundo entero sigue siendo objeto de negación por parte de grupos de serbios católicos ortodoxos que mantienen que se trata de un «mito». Unas 8 000 personas de etnia bosnia musulmana fueron asesinadas en 1995 (el Genocidio de Srebrenica) por serbios de Bosnia y miembros del Ejército Popular Yugoslavo al mando del general Ratko Mladić. En la imagen, la hija de una víctima en el cementerio memorial erigido en Potocari.

caderes de la duda’, Naomi Oreskes y Erik Conway (2018) ofrecen el análisis de una serie de casos paradigmáticos de esta actitud. A la inversa, hay formas de conspiracionismo que no conducen directamente a un negacionismo del conocimiento científico, simplemente porque no conciernen directamente al ámbito científico. Hay muchos ejemplos de esto: desde teorías más específicas, como aquellas sobre la muerte de la princesa Diana, hasta ideas sobre conspiraciones a escala global, como las teorías del *Nuevo Orden Mundial* o del *Gran Reemplazo*.

Conspiraciones reales

Algo importante a tener en cuenta es que las conspiraciones reales existen y han existido desde hace siglos. Ahí podrían englobarse desde el complot para asesinar a Julio César hasta el Watergate, pasando por el ocultamiento de los efectos nocivos del tabaco por parte de la industria tabacalera. Sin embargo, normalmente suelen tener objetivos claros y puntuales, implican a un número limitado de personas (cuantas más personas involucradas, más difícil la ocultación durante largo tiempo) y muchas veces producen consecuencias no intencionadas o deseadas por parte de los conspiradores. Por ejemplo, la conspiración contra Julio César alcanzó su modesto objetivo a corto plazo: el cónsul fue asesinado. Sin embargo, no consiguió su objetivo más ambicioso a largo plazo, que era preservar la República, sino que precipitó una guerra civil que finalmente condujo a la instauración del Imperio Romano.

Además, este tipo de conspiraciones suelen descubrirse a partir de informantes e investigaciones periodísticas, académicas o gubernamentales. Pocas veces salen a la luz usando los métodos del pensamiento “conspiranoico”, que se caracteriza por un “hiperescepticismo” y una sospecha exagerada de toda la información que no encaja en su visión del mundo; por la resistencia a corregir las creencias incluso delante de pruebas abrumadoras (lo que se conoce como “inmunidad a la evidencia”) y por sus contradicciones internas. Las conspiraciones reales, por su parte, se descubren a través del pensamiento convencional, con un escepticismo saludable respecto a las versiones oficiales, una cuidadosa consideración de toda la evidencia disponible y un compromiso con la coherencia interna.

Realidades posfácticas y posverdad

Ninguna de estas posturas negacionistas, conspiracionistas o anticientíficas, caracterizadas arriba, es un fenómeno nuevo y reciente. Ya en los años 90, científicos e intelectuales reputados como Gerhard Holton o Carl Sagan advirtieron de los peligros de la propagación de actitudes anticientíficas y de un nivel creciente de ignorancia en la sociedad. Gerhard Holton se puede considerar un pionero en los estudios de anti-ciencia. En el libro “Ciencia y anti-ciencia” (1993), Holton indica cómo la irracionalidad, unida a valores contrarios a la razón científica y alimentada por el populismo, la propaganda y el nacionalismo, da impulso a los regímenes totalitarios. Y Carl Sagan diagnostica en su libro “El mundo y sus demonios” (1995) que las actitudes “conspiranoicas”, anticientíficas o pseudocientíficas van ocupando en la sociedad el lugar tradicional de la religión y del misticismo.

Sin embargo, en la última década se ha producido un notable aumento de estas posiciones. Factores relevantes de este incremento son la creciente complejidad de las explicaciones científicas, pero también la deshumanización, globalización y transformación tecnológica y digital de nuestro entorno vital. Como hemos visto, las actitudes anticientíficas, sobre todo las ‘conspiranoicas’, van muy a menudo de la mano de una falta de voluntad para abordar adecuadamente esta complejidad, es decir, de un rechazo del pensamiento complejo.

Pero lo que realmente ha marcado una diferencia importante con respecto a las formas tradicionales de negacionismo es el cambio a nuevos modelos de comunicación en el entorno digital que proporciona mecanismos eficientes de propagación de desinformación. Hemos entrado en la era de los relatos tribales del siglo XXI que construyen sus propias realidades con hechos alternativos generados en internet, tan fáciles de crear con las aplicaciones de inteligencia artificial generativa.

Son ya muchos los estudios que vinculan no sólo el aumento de posturas negacionistas y anticientíficas, sino también las tendencias a la autocratización de los estados, el auge de los partidos de la extrema derecha y el declive de la calidad democrática, estrechamente con la digitalización de la esfera pública. Elementos clave de estas derivas son las campañas de desinformación, la polarización y las políticas de la posverdad (Wagner 2023).

La propia noción de verdad ha entrado en crisis, y esa crisis es también y sobre todo una crisis de la confianza. A falta de un mínimo de confianza en la palabra del otro y en su sinceridad, se diluyen los fundamentos de la comunicación, que permiten la discrepancia y la crítica fundada. La confianza es la base del aprendizaje, la comunicación y la cooperación. Por eso es tan devastadora la profunda desconfianza que conlleva el uso normalizado de mentiras, medias verdades, bulos y *deep fakes*. En el ámbito de la comunicación digital, especialmente en las redes sociales que impregnan nuestra vida cotidiana, nos enfrentamos constantemente a estos fenómenos de la posverdad y del pensamiento posfáctico, que socavan la diferencia entre verdad y mentira, realidad y ficción, conocimiento y opinión.

La RAE define la posverdad como una práctica manipuladora, en concreto como “distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales”. Echamos un vistazo a algunos ingredientes de este cóctel denominado “posverdad”: una amplia y profunda desconfianza (hacia los medios, las instituciones públicas, la ciencia o hacia determinados colectivos o partidos políticos); un nuevo tipo de hiper-relativismo que vincula la verdad y los hechos no a marcos epistémicos comunes y a prácticas establecidas de argumentación, comprobación y justificación, como hace el relativismo clásico, sino a puntos de vista particulares e individuales; situaciones de creciente incertidumbre y preocupación; y luego, sobre todo, el uso discrecional de todo tipo de desinformación. Es la combinación perfecta para crear un ambiente en el cual las emociones y las creencias personales influyen más en la formación de opiniones y la toma de decisiones que los hechos objetivos y la evidencia verificable. Es más, el pensamiento posfactual se ha convertido en rasgo central de una nueva visión del mundo lo cual implica un cambio



El Escándalo Watergate fue una conspiración real durante los años 70; se destaparon abusos de poder, encubrimiento, espionaje e incluso que el presidente de EE UU Richard Nixon (imagen) y sus colaboradores cercanos ordenaron el acoso de activistas y políticos utilizando al FBI. Nixon se vio obligado a dimitir.

de los patrones de sentido común y racionalidad en gran parte de la sociedad y la inhabilitación de mecanismos de verificación, justificación y argumentación. Hablamos de posverdad cuando se ha vuelto irrelevante cómo se presentan y comprueban los hechos: lo relevante es el sentimiento de la verdad, lo que uno siente como verdad. La verdad se ha convertido en un asunto emocional.

Campanñas de desinformación

La herramienta clave de las prácticas manipuladoras que han contribuido a esta situación son las campañas de desinformación. En Europa podemos identificar al menos cuatro ámbitos principales en los que se centran las campañas de desinformación, y que están precisamente relacionados con algunos retos clave de las sociedades actuales. Los cuatro ámbitos son: la salud, la crisis ecológica, la migración y todas las cuestiones alrededor del feminismo, del colectivo LGTBI+ y de la igualdad de género. Son justamente aquellos ámbitos en los que sus consecuencias resultan más dañinas por la vulnerabilidad de los colectivos en cuestión, y que se vinculan con las distintas formas de negacionismo y “conspiracionismo” mencionadas arriba.

En todos ellos, la desinformación ha fomentado actitudes de ignorancia activa y ha conducido al cuestionamiento del consenso científico y de la objetividad e integridad científica. Las encuestas sobre la percepción social de la ciencia y la tecnología en España, llevadas a cabo por FECyT en 2020 y 2022, dibujan un triste panorama: por un lado, expectativas exageradas, por otro, desconfianza y rechazo social. La comercialización de la ciencia genera una imagen utilitarista asociada a la idea de una ciencia manipulada y un sistema de investigación corrupto. Esto, a su vez, fomenta al otro lado del espectro una actitud militante de personas que insisten en la infalibilidad del conocimiento científico y un tecno-optimismo exagerado. Estamos, pues, ante una combinación de dos imágenes erróneas de la ciencia. Ambas convierten en debilidades las fortalezas que permiten los avances de la ciencia, como la adaptabilidad, la falibilidad y la revisión constante de datos, ideas y conclusiones.

Gran parte de la población entiende las “certezas científicas” como verdades inamovibles, mientras que uno de los elementos que da solidez a la ciencia es precisamente su método de corrección y comprobación, verificación, falsación, ponderación, prueba empírica, etc. La ciencia no produce certezas absolutas, sino estados evolutivos de la investigación, certezas provisionales, sujetas a un permanente proceso de revisión, lo cual permite –y no es poco– un manejo riguroso de las incertidumbres. El conocimiento científico siempre es susceptible de ser corregido; aunque esté bien fundamentado, no deja de ser provisional. Esto no significa para nada que las recomendaciones de los expertos no sean fiables, pero sí que su credibilidad depende de mecanismos de control establecidos por la comunidad científica. Por supuesto, también hay competencia entre grupos de investigación, entre distintos conceptos y modelos teóricos, así como entre distintas tecnologías. Pero, debido a la integración transnacional de la comunidad científica, también hay amplios consensos científicos a nivel global, lo que llamamos estado de la investigación. Los negacionismos se caracterizan precisamente por rechazar sistemáticamente este consenso científico, con prácticas de argumentación ajenas a la ciencia.

Cómo combatir estas posiciones

Todos estos fenómenos de los que hemos hablado forman parte de los grandes retos de nuestro tiempo y, como tales, no hay una receta sencilla para abordarlos. Estos planteamientos erosionan los cimientos de nuestro conocimiento y ponen en peligro los logros culturales (científicos, morales y sociales) de nuestras sociedades. Lo problemático es que forman así propios sistemas de creencias que se superponen a las convencionales e intersubjetivamente compartidas y que sólo tienen ciertos puntos de anclaje con ellas.

Especialmente difíciles de refutar son las posiciones que se basan en teorías de la conspiración. Son infalibles e inmunes a cualquier crítica externa. Por la propia lógica de la conspiranoia, cualquier posible autoridad correctiva ajena al círculo de seguidores afines queda deslegitimada, de manera que todo argumento en contra tan sólo confirma la sospecha de conspiración, control y engaño. Por esta razón, los procedimientos de marcar los bulos y los mensajes “conspiranoicos” como desinformación, probados por plataformas como Facebook, han tenido efectos contraproducentes. Últimamente han surgido estudios desde la psicología que identifican las cada vez más frecuentes actitudes narcisistas y la sobreconfianza en las propias habilidades (efecto Dunning-Kruger) como uno de los motores de la “conspiranoia” (Cichocka et al. 2022 / Pinilla 2022).

De todas formas, no es conveniente tachar de estúpidos a los que se dejan convencer o inquietar por el argumentario “conspiranoico” o negacionista. Más bien deberíamos tratar de entender qué es lo que, para este grupo de personas, da credibilidad a afirmaciones que a una gran mayoría de personas parecen absurdas, pero que, sin embargo, tuvieron una fuerte influencia en episodios antidemocráticos como el asalto al Capitolio en Estados Unidos. Debemos tener en cuenta que lo que cuenta como racional, como argumento o prueba, lo que nos parece evidente o verdadero, depende de un fondo de creencias compartidas. En consecuencia, las modificaciones considerables en el sistema de creencias implican cambios de racionalidad y sentido común. No sólo somos vulnerables físicamente, sino también cognitivamente.

Pero también hemos de considerar la resistencia a la corrección y la inmunidad a la evidencia que caracterizan muchas de estas posturas. Esto provoca que la contraargumentación desde la racionalidad científica pueda quedar inhabilitada, que no funcione dar más datos, más información, más evidencia. Las motivaciones por las que las personas expresan visiones ‘conspiracionistas’ o negacionistas suelen ir mucho más allá de una falta de conocimientos expertos: protegerse emocionalmente de ideas que podrían alterar radicalmente su visión del mundo; reforzar su identidad de grupo; mantener certezas en un entorno cada vez más inestable y complejo.

Por todo esto, además de estrategias concretas para combatir la desinformación, son necesarios esfuerzos paralelos a nivel global para hacer frente a las vulnerabilidades que están presentes en esta tercera década del siglo XXI, esfuerzos basados en una buena comunicación, más divulgación científica de alto nivel y, sobre todo, una buena gobernanza de una transición ecosocial justa.

Prevención de la desinformación

Si hablamos de tácticas específicas, distintos estudios señalan que una forma prometedora de combatir el pensamiento conspirativo es la prevención, ya sea advirtiendo a la gente con antelación sobre una teoría conspirativa concreta (lo que se conoce como “inoculación” en un símil con las vacunas) o enseñándoles explícitamente a detectar pruebas poco fiables (O’Mahony 2023). Esto lleva a la necesidad de mantener agencias de verificación de datos y medios de comunicación con formación en este tipo de actuaciones; a la vez que implica claramente que los distintos niveles educativos estén implicados en el entrenamiento de las generaciones más jóvenes en la identificación de la desinformación.

Existen otras posibilidades, como implementar mecanismos dentro de las redes sociales que limiten el alcance y difusión de contenidos desinformativos (lo cual es complicado si tiene que ser llevado a cabo por plataformas cuyo interés está en maximizar el tiempo de uso de sus aplicaciones) o, por supuesto, desmentir a posteriori.

En este sentido, es importante partir desde la empatía y no desde la ridiculización. Debemos además asumir una posición de humildad epistémica, de transparencia, de apertura a las críticas y evitar la arrogancia; de otra forma, estaremos siendo tan dogmáticos como se nos acusa de serlo. En algunos casos, como ciertas teorías de la conspiración, una buena vía es recurrir al testimonio de “excreyentes”, que suelen ser vistos de manera más favorable que personas completamente externas.

El mantenimiento de muchas de estas posturas ya está teniendo y tendrá terribles consecuencias en vidas humanas y no humanas, en generaciones presentes y futuras. Tal vez una vía para lidiar con ellas sea, precisamente, desde una ética intergeneracional: hacer conscientes a las personas del presente de los daños y apelar a consideraciones morales. Es posible que una forma de comunicar todo esto sea mediante la imaginación, las narrativas, las ficciones. No debe desdeñarse, por tanto, el papel mutuamente complementario del arte y la ciencia para llegar cognitiva y emocionalmente a lugares a los que no se podría llegar de otra forma.



Una de las expresiones del negacionismo tecnológico es el movimiento antivacunas, especialmente radical en países como EE UU

Referencias:

- Cichocka, Aleksandra / Marchlewska, Marta / Biddlestone, Mikey (2022): Why do narcissists find conspiracy theories so appealing? En: *Current Opinion in Psychology*, 47:101386.
- Diéguez Lucena, Antonio (2022): Negacionismo, anticencia y pseudociencias: ¿en qué se diferencian? En: *The Conversation*. <https://theconversation.com/negacionismo-anticencia-y-pseudociencias-en-que-se-diferencian-174831>
- Diethelm, Pascal / McKee, Martin (2009): Denialism: what is it and how should scientists respond? En: *European Journal of Public Health*, 19/1: 2-4. <https://doi.org/10.1093/eurpub/ckn139>
- Marín Penella, Guillermo / Wagner, Astrid (2022): ¿Qué es el negacionismo tecnológico y por qué debe preocuparnos? En: *The Conversation*. <https://theconversation.com/que-es-el-negacionismo-tecnologico-y-por-que-debe-preocuparnos-180367>
- Moreno Olmeda, Teresa (2023): Negacionismo (del cambio climático). En: *Speak4Nature. Interdisciplinary Approaches on Ecological Justice*. <https://www.speak4nature.eu/glossary/negacionismo-del-cambio-climatico/>
- O’Mahony, Cian et al. (2023): The efficacy of interventions in reducing belief in conspiracy theories: A systematic review. En: *PLoS One*, 18(4):e0280902. doi: 10.1371/journal.pone.0280902.
- Oreskes, Naomi / Conway, Erik (2018): *Mercaderes de la duda*. Madrid: Capitán Swing.
- Pinilla, Marina (2022): Retrato de un negacionista. En: <https://ethic.es/2022/05/retrato-de-un-negacionista/>
- Wagner, Astrid (2023): Deliberación, polarización y posverdad. Repensar la responsabilidad en la sociedad digital. En: *Quaderns de filosofia* 10/2: 51-67. <https://ojs.uv.es/index.php/qf/ver/ver/26616>

* Astrid Wagner es, junto a Concha Roldán, investigadora principal de un proyecto del Plan Estatal I+D+i –INconRES: Incertidumbre, confianza y responsabilidad. Claves ético-epistemológicas de las nuevas dinámicas sociales en la era digital (PID2020-117219GB-I00), y Teresa Moreno forma parte del equipo de investigación del mismo.